

El padre Leonardo Castellani: un pensador olvidado

María Celia Amable.
Mónica Analía Dias Leal

Cuando se habla de filosofía contemporánea y de filosofía en general, estamos acostumbrados a mencionar pensadores de culturas y sociedades foráneas. Es raro encontrar un pensador coherente, sistemático y de fuste que al mismo tiempo esté profundamente enraizado en la cultura nacional argentina.

Hemos elegido la figura del padre Leonardo Castellani para acercarnos humildemente a su pensamiento, impactados por la claridad y fuerza de su pluma. Porque nos parece que, aunque sus ideas fueron gestadas en un momento concreto de nuestra historia reciente y responden a debates de otras décadas, el pensamiento de Castellani es aún vigente e iluminador.

Abordar el estudio de esta gran personalidad, es un desafío y al mismo tiempo una satisfacción.

Desafío, porque somos conscientes de que estamos ante un pensamiento polifacético y hondo que supera cualquier intento de abarcarlo todo. Satisfacción, porque nos encontramos con un hombre que con su lucidez y amor aún irradia la vida de nuestro país.

Nuestra intención es presentar un panorama de su vida y de su pensamiento filosófico, que hasta el momento no ha sido objeto de un análisis sistemático, probablemente por su vastedad y su complejidad.

Nuestro propósito ha sido investigar la temática que los diferentes tipos de textos de Castellani plantean. Pero fue imprescindible para ello recurrir a la historia de la vida personal del autor ya que su obra es por un lado el resultado de sus experiencias vividas y, por otro, sus deseos de influir en el pensamiento. Su vida signada por una marcada vocación de servicio lo llevó a estudiar filosofía y a ordenarse sacerdote, para conocer los problemas del hombre, como bien lo señala en *De*

Kirkegord a Tomás de Aquino.

Al conocer las obras de Castellani nos encontramos con el inconveniente, si es que puede llamarse así, de la vastedad de su producción. Debido a su espíritu luchador este hombre de las letras escribió una gran cantidad de textos que en la actualidad no han sido reeditados, y que en realidad —dada la temática y el estilo de los mismos— no tienen desperdicio. Encontramos diferentes textos —parábolas, fábulas, poemas, ensayos, artículos periodísticos— en los que podemos observar el pensamiento de este filósofo, su manera de ver la vida y el mundo.

Influido por una educación jesuita, se exige a sí mismo un constante dar. Retoma el mensaje de Cristo en las parábolas, pero con el fin de hacerlo más entendible, para llegar a los más simples.

Sus reflexiones acerca de la enseñanza nos muestran a un ser profético. Los planteos sobre el método educativo están más cerca de lo implementado por la nueva Ley Federal de Educación que de lo que se proponía en su tiempo. Parten de su concepto de hombre de profunda raíz clásica y cristiana. Al hablar de la educación argentina, lo hace en un momento en que la lucha entre la «escuela laica» y la «libertad de enseñanza» es frontal. Eran tiempos de «apologías» de defensa de la escuela argentina en la que los valores religiosos querían ser desterrados.

Con respecto a la educación en la Universidad su reflexión es actual y vigente. La cientificidad y la insistencia por obtener la mayor cantidad de títulos sin contemplar la figura del hombre como ser singular provocó la pérdida de la espontaneidad. Y la vuelta a lo espontáneo, a lo simple, es a lo que nos invita Castellani: a retornar a lo sencillo de la vida y del hombre.





Leonardo Castellani: una vida intensa

Nació en San Jerónimo del Rey, luego ciudad de Reconquista, en la provincia de Santa Fe, el 16 de noviembre de 1899. Hijo de Catalina Contemponi y de Luis Castellani, periodista y fundador del diario *El Independiente*, asesinado por fines políticos en luchas electorales locales en 1906 y en defensa de principios éticos.

En 1913 pasó a Santa Fe donde cursó sus estudios secundarios en el Colegio de la Inmaculada, perteneciente a la Compañía de Jesús, donde se recibe de Bachiller en 1917. El 27 de julio de 1918, ingresa en el noviciado de los jesuitas en la ciudad de Córdoba. A partir del año 1924 enseña filosofía en el Colegio del Salvador. Cursó Teología en el Seminario de Villa Devoto y en el año 1929 el Provincial de la Compañía, al advertir su capacidad para el estudio y su natural inteligencia, lo envía a Roma para que continúe sus estudios en la Universidad Gregoriana, donde es ordenado sacerdote el 31 de julio de 1930, en la Iglesia de San Ignacio. Allí obtiene el Doctorado en Teología (llamado en la Orden «Examen ad Gradum») de dicha Universidad en 1932. Luego de realizar lo que la Compañía llama el segundo noviciado, fue a estudiar a Francia, donde obtiene en la Sorbona su diploma de Estudios Superiores en Filosofía, Sección Psicología. Ese mismo año se trasladó a Alemania y Austria, para profundizar sus conocimientos sobre la lengua y la filosofía germana.

En 1935 regresa a la patria donde escribe y enseña. Fue profesor en el Colegio del Salvador, en el Seminario de Villa Devoto, en el Colegio Máximo de San Miguel. Tradujo y anotó una parte de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, escribió en la revista *Criterio* y colaboró en el suplemento literario del diario *La Nación* en el año 1941. En ese mismo año fue nombrado director de la revista *Estudios* y en 1943 fue redactor del diario *Cabildo*. Frecuentemente utilizaba los seudónimos de Jerónimo del Rey y Militis Militorum. Alternaba la docencia con el periodismo, sin descuidar su ministerio sacerdotal: sermones, retiros y dirección espiritual.

Por desentendimiento con el Provincial de la Compañía se le sugiere abandonar la Orden. Intenta revertir esta situación, pero no lo logra.

En 1949 se lo expulsa de la Compañía. En 1950 lo acogió en su diócesis el Arzobispo de Salta, Monseñor Roberto Tavella. En 1966, por mediación del Nuncio Apostólico Monseñor Lino Zanini, vio solucionada definitivamente su situación con la Iglesia.

En un reportaje que le hicieron en 1980 manifestaba con respecto a la fe, la novela y la política:

Dios me mantuvo la fe en medio de las tormentas, que importaban una tremenda tentación contra la fe. Todo ello me hizo ponerme en las manos de Dios de una manera más ciega y acudir al «consuelo de las escrituras, ad Consolationem Scripturarum».

Es uno de los autores argentinos que más ampliamente ha abordado la compleja problemática de nuestro país, pero con la perspectiva que le da su formación clásica y universal, su profunda penetración en la interpretación de los hechos —los más trascendentes y los más cotidianos—, su incisiva pluma y su compromiso con la verdad, que lo ha convertido en uno de los pensadores más polémicos de nuestro siglo.

El reconocimiento de la obra intelectual de Castellani fue tardío. La Universidad de Buenos Aires le otorgó el doctorado honoris causa con una intención poco clara y en medio de una general indiferencia. Poco después el gobierno le otorgó el Premio Consagración Nacional en 1975. Murió el 15 de marzo de 1981.

El padre Castellani no tuvo una especialidad sino varias, o quizá sea una misma con distintas caras, todas en estrechamente relacionadas. La temática que aborda está tratada con profundidad, fruto de un serio estudio. No tuvo reparos en decir las grandes verdades que creía convenientes para mejorar la Argentina, expresadas siempre en forma diferente e interesante.

Alguna vez manifestó su cansancio considerando que su palabra caía en el vacío. No obstante entendió que decaía con la patria, otra forma de vivir el patriotismo.

Su misión sacerdotal

Como sacerdote fue mediador y puente entre Dios y los hombres. Su conocimiento

de la Palabra de Dios fue profundo y sapiencial. Su relación con Dios se dio en la heroica práctica de las virtudes teológicas. Con fe simple creyó siempre en Dios a pesar de todo. Su esperanza lo ayudó a superar las cruces. Amó a Dios por sobre todo y de allí brotó su entrañable amor al prójimo. Esa caridad auténtica se reflejó en el constante esfuerzo por otorgar a los demás el bien mayor: la posesión perfecta de Dios. En la *Parábola Quinta* refleja este anhelo que debe empezar a vivenciarse en la vida terrena:

¿Por qué la vida me asestó esta herida?
Yo no lo sé. Ya terminé mi parte.
Algunos hacen arte con la vida
pero yo hacía vida con el arte.

Y me entrego a la noche escalofriante
con paso firme y corazón que llora
no me arrepiento de haber ido adelante
aunque caí en la noche destructora.

Con la vaga esperanza de una aurora.¹

Para poder entregar a Dios a todos los hombres, adquirió un exímio conocimiento de la filosofía y de las distintas lenguas clásicas y modernas.

Su apostolado dio frutos en una importante producción de más de cuarenta libros sobre una diversidad de temas. Colaboró también en los Cursos de Cultura Católica, cuya obra se vio coronada con la Universidad Católica Argentina.

Influyó sobre el nacionalismo católico, labor muy importante puesto que impidió que el sindicalismo se volviese marxista y que influyera negativamente la Democracia Cristiana argentina con su liberalismo.

Marcado por el signo de la incompreensión, fue expulsado de la Orden de la Compañía de Jesús. En 1955 es cesanteado del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires. Permanece largos años sin poder ejercer el sacerdocio, hasta que en 1961 es autorizado a celebrar misa.

En su vida fue coherente con lo que predicó y se mantuvo fiel a la tradición de la Iglesia.

¹ CASTELLANI, LEONARDO, *Los papeles de Benjamín Benavides*, p. 221.

Una vasta producción

Este pensador escatológico, religioso y místico, a la manera del sabio, supo transmitir su sabiduría con inteligencia y gracia, haciendo accesible la verdad a quien quisiera penetrar en ella. Ha sabido fijar siempre el punto de interés del momento con lucidez, con exactitud de términos y con verdadero dinamismo.

Conoció cabalmente el pensamiento tradicional —aristotélico y tomista— lo mismo que el pensamiento moderno, de manera que le es posible confrontarlos continuamente derivando en atractivas reflexiones cuando aborda la comprensión de la filosofía práctica, sobre todo en los temas morales.

Cristo ¿vuelve o no vuelve? y *Los papeles de Benjamín Benavides* son dos libros de exégesis apocalíptica. Nos demuestra a través de ellos que el Apocalipsis es algo actual y aun histórico. Su exégesis convence con la fuerza de la evidencia.

El Evangelio de Jesucristo, escrito en capítulos cortos y ágiles, no deja ningún punto sin explicación ni sin consecuencia práctica: nos revela el carácter verdadero de Cristo. Con el mismo espíritu escribió *Las parábolas de Cristo* que luego fueron desglosadas en *Doce parábolas cimarronas*. En estas parábolas hace hablar a los personajes en criollo y según lo explica el mismo Castellani en la Introducción:

[...] los «ethos» de las clases campesinas son más o menos parecidos o equivalentes en todo el mundo y todos los tiempos. Los pastores, pescadores y los labriegos hebreos de entonces se parecen no poco a nuestros gauchos (san Pedro era gauchazo) con menos altivez y peleonería, y mucho más conocimiento de la religión.²

Se le ha reprochado el humorismo que introduce en las parábolas. Pero el humor es un recurso detrás del cual hay siempre un contenido realmente importante dicho con gracia y sin irreverencia. Este humor acerca a Cristo como algo familiar.

Las obras que alcanzaron mayor popularidad han sido las fábulas camperas y sus

² CASTELLANI, LEONARDO, *Doce parábolas cimarronas*, p. 7.





celebrados cuentos, policiales o no: *El nuevo gobierno de Sancho*, *Historias del Norte Bravo*, *Las muertes del Padre Metri*, *El crimen de Ducadellia*, *El enigma del fantasma en coche*, novela policial breve, y *Los papeles de Benjamín Benavides*, novela exegética.

Todos dicen algo con llaneza de manera que quien lo desee los pueda leer con gusto e interés, sin dejar de tener una enorme hondura psicológica y enseñanzas a cada pa-

so. Está fielmente retratada en su obra la gente de nuestro país.

Su majestad Dulcinea es una de las mejores novelas argentinas, y la más argentina sin duda. Es como un inventario de la patria enferma. Muestra que en medio de alabanzas fatuas tiene que haber personas que coloquen al país en su lugar, alabando sus virtudes pero denunciando sus vicios, así como la madre castiga los errores de su hijo para que se corrija, como verdadera caridad.

Poco se ha comentado de su quehacer poético. El mismo Castellani sostenía de los poetas en su composición *El poeta asesinado*—escrita en mayo de 1949, cuando estaba castigado y preso en Manresa— que «a algunos les va bien» y «al común le va mal». No obstante opinaba:

Y sin embargo es poco inteligente
asesinarlo y es prudencia poca
porque en él cada herida es una boca
que es capaz de acusar durablemente.³

Otras composiciones poéticas son *Requiem*, *El libro de las oraciones*, *Sonatas tristes*. Durante 1954 publicó en el suplemento dominical de *La Prensa*, que dirigía César Tiempo, tres poemas memorables y significativos: *Janda*, *Los amantes de Teruel* y *No me doy por vencido*. En este último termina con un verso en el que se define: «Mal domador de sueños y escultor de la nieve».

Castellani confesó que desde que era un

joven estudiante de filosofía sintió su afición por el arte, la que nunca abandonó. Sostiene que el arte tiene que ver con lo divino pero que está alojado en el hombre, que es sujeto corruptible. Por esa razón se corre el riesgo de caer en la disipación, la disolución e incluso en la idolatría. El artista tiene como misión crear formas nuevas o entes nuevos, y es esa semejanza con el Creador lo que lleva a muchos a la idolatría. En *Doce parábolas cimarronas* recuerda que es necesario no perder de vista que el objeto del arte es la Belleza, y que ésta se relaciona con la Verdad y el Bien ontológicos, que son los nombres de Dios.

Sostiene que el Arte es por y para la Belleza. Al problema filosófico que plantea la independencia del arte y su relación con la moral responde que una obra de arte no puede ser ni moral ni inmoral, ya que es una cosa, que no es sujeto de actos humanos, únicos objetos de la moral. Esto no implica que se deba permitir la insensatez del autor y sustraerlo de todo control moral. Aunque su obra no pueda ser calificada en estos términos, sí puede serlo el artista mismo—como hombre— por su intención.

Castellani considera a todo poeta como dueño de una verdad que transmitir. Esta verdad se subjetiviza en el camino de la experiencia. Por eso no hay contradicción cuando Castellani pide al poeta expresar su verdad. Sólo exige que haya vivido la experiencia de la verdad y luego la transmita hecha ya parte de su propio ser. Lo expresa en *La muerte de Martín Fierro*:

Mejor que fuese error mío
pero el poeta no miente
cuando canta francamente
lo que vio y creyó mirar
digamén qué va a cantar
si no canta lo que siente.⁴

En Castellani, la verdad a la que alude se identifica con la Persona de Cristo, ya que El mismo dijo: «Yo soy la Verdad». En *Crítica literaria* menciona que: «La ausencia de preocupaciones religiosas en un poeta suele ser

³ CASTELLANI, LEONARDO, *El Ruiseñor Fusilado*, p. 52.

⁴ CASTELLANI, LEONARDO, *La muerte de Martín Fierro*, p. 101.

señal de mediocridad intelectual». ⁵

Esta presencia de lo religioso en la auténtica poesía es sostenida y confirmada con su propia creación poética. Su vida es una constante travesía hacia Jauja, la Isla Afortunada o el Reino de los Cielos, que es lo mismo. Dice en *Jauja*: «Busco la isla de Jauja, sé lo que busco y quiero». El arte es un medio para ese Fin.

En *Doce parábolas cimarronas* pone de manifiesto:

Yo lo que quiero es enseñar, no divertir ni conmovir; pero resulta que a la gente de aquí no se le puede enseñar si no es divirtiéndola o conmoviéndola primero; o al mismo tiempo —me dijo Don Pío Ducadelia. Ha enunciado Ud. la regla suprema del arte, Don Pío de mis pecados —le dije— del arte cristiano por lo menos. ⁶

El pensamiento de Castellani

Ya hemos visto que el pensamiento del padre Castellani fue construido sobre dos grandes pilares: la filosofía y la teología, y fundamentado en una sólida y seria formación humanística: las lenguas clásicas, el pensamiento aristotélico tomista y amplísimas lecturas de los pensadores modernos y contemporáneos que demostraron una sincera búsqueda de la verdad. Todo esto traducido al modo de ver y vivir del hombre argentino, al que lo considera en su identidad más genuina, como heredero de la mejor tradición cristiana occidental.

Castellani leyó, entendió y comentó como pocos en nuestro país la obra de Santo Tomás de Aquino. Dice en el Anteproyecto de la *Suma Teológica* que él comenzó a revisar: «La Suma Teológica fue una de las más poderosas contribuciones a la culminación de la unidad occidental».

La «Summa del de Aquino», dice, está más honda en nuestra nacionalidad que lo que podemos darnos cuenta.

Destaca en todo momento la sistematicidad y solidez del pensamiento tomista. Él mismo se pregunta: «¿Mi filosofía es la de Santo

⁵ CASTELLANI, LEONARDO, *Crítica Literaria*, p. 78.

⁶ CASTELLANI, LEONARDO, *Doce parábolas cimarronas*, p. 173.

Tomás? Sí y no. Sólo en cierto sentido. Yo no puedo repetir a Santo Tomás. Ojalá. No es posible». ⁷

Podemos decir que Castellani fue un filósofo tomista. Pero con la conciencia de que Tomás vivió en el Siglo XIII y no en el XX. Sabía que ser tomista es tener la mente abierta a los signos de los tiempos, recabar todos los datos de la realidad cotidiana y el drama de la naturaleza caída del hombre.

Escribe Castellani:

Tomás de Aquino no fue un profesor encristalado, como Kant o Benito Spinoza, mas un sabio luchador, al tanto de los problemas más agudos de su siglo y actuando intelectualmente en ellos. ⁸

Castellani quedó impactado por la lectura de Søren Kierkegaard. Cuenta en el prefacio de *De Kirkegaard a Tomás de Aquino* que abordó la obra del danés siendo profesor en Salta, para cumplir con el programa establecido por la Universidad Oficial de Tucumán.

[...] mepecé a leer con asiduidad a Kirkegaard y naturalmente habiendo sido educado en Tomás de Aquino refería mentalmente lo que leía del danés, a veces cosas estupendas, al napolitano; los dos se fueron lentamente aproximando hasta que al fin se confundieron casi: pues, como dijo un gran crítico danio-francés (Knud Ferlov) al fin de su vida las posiciones filosóficas-teológicas de Kierkegaard coincidieron con las de Tomás de Aquino. ⁹

Castellani entendió a través de Kierkegaard la desesperada búsqueda de Dios del hombre contemporáneo, pero iluminó con su

⁷ CASTELLANI, LEONARDO, *De Kirkegaard a Santo Tomás de Aquino*, p. 22.

⁸ CASTELLANI, LEONARDO, *Conversación y crítica filosófica*, pp. 58-59.

⁹ CASTELLANI, LEONARDO, *De Kirkegaard a Santo Tomás de Aquino*, p. 7.





formación escolástica los caminos de la fe y la esperanza. Reaccionó en contra del laicismo liberal y el ateísmo, pero valoró todas las búsquedas sinceras de la trascendencia divina. Por eso podemos decir que el padre Leonardo no fue exclusivamente un filósofo: fue un Pastor y un Maestro. Tenía una misión: enseñar a vivir, y conducir hacia Dios. Lo hizo a través de su ministerio sacerdotal, de sus escritos y de sus cátedras docentes.

Relacionado con esto último, la docencia del padre Castellani, nos queremos referir a su pensamiento sobre la educación.

Bases filosóficas de la educación

No hay en la obra del padre Castellani una filosofía de la educación, si ajustamos los conceptos al ámbito específico de este saber. Sin embargo, es obvio que todas sus ricas observaciones sobre educación están fundamentadas en una cosmovisión donde lo filosófico es el principal componente.

El concepto de educación que tiene Castellani es claro. Por empezar establece la diferencia entre enseñar y educar. Escribió en el N° 3 de *Jauja*: «quiere decir que esta revista no se destina a enseñar, sino a educar, por pretencioso que esto suene: no a hacer propaganda sino a hacer luz; o exactamente a suscitar *la luz que lleva en sí todo hombre que viene a este mundo*».

La educación depende del concepto de hombre que la fundamente. En este sentido Castellani abreva de las más tradicionales fuentes clásicas que conforman el humanismo cristiano.

En primer lugar, el hombre es criatura divina, hecho a «imagen y semejanza» de Dios. Es un compuesto constituido por la unión sustancial del alma con el cuerpo, autoconsciente y libre, llamado a la felicidad y a la trascendencia.

La verdadera educación debe tender, por lo tanto, a la realización de este ideal humano. La enseñanza es neutra con respecto a la moral. Se puede enseñar a robar o a cometer cualquier otra clase de delito. La educación, en cambio, tiene necesariamente un sentido positivo, beneficiador, que se asume libremente.

Castellani señaló con acierto el fin de la educación: en el libro que dedicó a Kierke-

gaard afirma que lo más importante que deben lograr las instituciones de enseñanza es preparar la aparición de Singulares, es decir, de Personas, de Patriotas, de Hombres Éticos, «de hombres enteros y personalidades concretas». El fin de la educación, entonces, tal como lo ha sostenido la gran tradición clásica, es la formación del hombre virtuoso.

La educación argentina

La mayor efervescencia del pensamiento castellaniano se encuentra posiblemente en la década del 40, a sesenta años de la promulgación de la ley 1420 de «enseñanza laica». El debate continuaba vigente: Dios no podía estar en las escuelas; para la enseñanza religiosa se debía recurrir a horas extraescolares.

Pero su crítica a la educación argentina es aún más amplia y profunda: todo el sistema ya presentaba —para la visión iluminada y profética del P. Castellani— graves signos de decadencia. La figura del profesor, la escuela primaria, las fiestas escolares, los libros de textos, la Universidad, el Estado y la Escuela, los títulos, son algunos de los temas. Generalmente se trata de publicaciones en forma de artículos periodísticos y ensayos. Pero no debemos olvidar que Castellani fue docente. Él mismo cuenta que, apenas llegado a Buenos Aires con su flamante doctorado, le hicieron tomar treinta y cinco horas semanales en «un colegio nacional», pero no de filosofía solamente sino también de Literatura, Historia, Apologética, Italiano, Metodología.

La ley 1420 hablaba de «educación común» y «obligatoria». Ambos conceptos son criticados por Castellani. La «educación común» o «unificación de la enseñanza», porque ignora las diferencias individuales y la natural desigualdad que existe entre los hombres y contra la que hoy ha reaccionado la llamada «educación personalizada». Esto Castellani ya lo señaló en uno de sus libros más notables, *El nuevo gobierno de Sancho*, al describir al maestro que se encarga de hacer los libros para las escuelas primarias para que ésta sea uniforme en todo el país, ya que todos los maestros deben pensar, decir y enseñar las mismas cosas con las mismas palabras «para que un Alto Consejo de Funcionarios situado en la cabeza de nuestra ínsula pueda de un solo gesto hacerlas danzar a todas las escuelas al

son que quiera». ¹⁰

Con respecto a la «educación obligatoria», dice que es inexacta la expresión puesto que nadie puede educar a la fuerza.

De lo anterior se desprende también otro tema que motivó la preocupación de este pensador: el del monopolio de la enseñanza por parte del Estado, y el consiguiente menosprecio del derecho de los padres a educar a sus hijos. Al respecto escribió que el Estado no está hecho para ser pedagogo, sino para orientar a los pedagogos, lo mismo que a todos los demás oficios particulares. Reflexiona Castellani con su particular estilo:

Quando yo pienso en lo que puede producir esta maquina, invento del Despotismo, me estremezco. Si un Estado llevara a su término el Monopolio de los conocimientos y se produjera una enseñanza técnicamente buena (lo cual es posible) poco importaría que pudiese entre sus «materias» la «enseñanza religiosa» —o sea, del Catecismo. ¹¹

Insistía Castellani en que no era suficiente agregar en los colegios la enseñanza de la «religión» y en las Universidades la cátedra de «Teología» para que los estudiantes se formasen cristianamente, sino que lo que se imponía era la impregnación de todas las materias en el espíritu del Evangelio (hoy le dicen «transversalidad»).

La escuela primaria

Hay que reconocer que, gracias a la Ley 1420, se logró en la Argentina una alto grado de alfabetización e instrucción básica. Pero junto con estos beneficios se extendieron también ideas y prácticas que fueron objeto de la más dura crítica por parte de Leonardo Castellani y otros pedagogos. Basta pensar en la difusión de la así llamada «historia oficial».

A modo de ejemplo tomaremos algunos artículos del libro *Las canciones de Militis*. En primer lugar se refiere a la escuela primaria y el Estado. Como ya hemos dicho, se opone

¹⁰ CASTELLANI, LEONARDO, *El nuevo gobierno de Sancho*, p. 56.

¹¹ CASTELLANI, LEONARDO, *De Kirkegord a Santo Tomás de Aquino*, p. 171.

firmemente al monopolio estatal en este sentido. La solución de este problema es, en cierto sentido, más urgente que la misma enseñanza religiosa, porque se trata de una cuestión de justicia por un lado y de economía por otro.

Si el Estado en vez de obstinarse en construir edificios escolares, manejar —o manosear— maestras y producirlas en cantidad grandísima y en calidad insuficiente lograra transferir prudentemente esas tareas a la iniciativa privada por medio de subsidios, inspecciones y sanciones ... ¡qué triunfo! ¹²

Uno de los instrumentos con que el Estado pretende manejar la educación primaria es la imposición de libros de textos impresos masivamente y de dudosa calidad. Por otra parte, Castellani se ríe irónicamente de la proliferación de fiestas cívicas que no contribuyen a acrecentar el sentido patriótico.

La universidad

Castellani tuvo amplia experiencia en la vida universitaria. Consideró que la alta vida intelectual no es un lujo para una nación, es una necesidad. Son más importantes los sabios que las máquinas. Al hablar de sabio lo entiende en su significado original y etimológico: el que gusta el sabor de la verdad.

En su artículo «Medioletrados», que aparece en *Las canciones de Militis*, distingue entre el «doctor» —el capaz de enseñar una ciencia o bien todas las ciencias armadas en sabiduría— del «medioletrado» o repetidor, quien divulga y expone las ideas del doctor. Y en la Universidad actual el problema es la escasez de los doctores y el menosprecio de que son objeto, y la sobreabundancia de repetidores mediocres que se llevan todas las glorias.

Y no se trata de una cuestión de títulos —estamos asistiendo a una verdadera psicosis por obtener el título de doctor por parte de los profesores universitarios— sino del que abarca entera y perfectamente dentro de sí a una disciplina: «Ven todo el mundo a través de su ciencia, la hallan en todas partes, se hallan

¹² CASTELLANI, LEONARDO, *Las canciones de Militis*, p. 38.





con ella y están haciendo allí continuos descubrimientos, en luna de miel o noviazgo perpetuo.¹³

La necesidad de vivir juntos conformando un claustro dio origen a la universidad.

Nuevas historias en un antiguo género

Castellani, para socializar los más profundos principios filosófico-teológicos y sus implicancias morales, recurrió al clásico género de la fábula. En la antigüedad, fue el género de los Maestros, de los Pedagogos: Esopo, Fedro y hasta el mismo Cristo, si consideramos que sus Parábolas, como las Fábulas, son ficciones narrativas con una intención didáctico-moralizante.

Castellani escribió *Bichos y personas (camperas)* y también *Doce parábolas cimarronas*, que él mismo desglosó de sus libros *Las parábolas de Cristo*.

La fábula fue tradicionalmente una forma de decir a los simples y pequeños lo que a los sabios y poderosos podía molestar. Esopo y Fedro eran esclavos, y sus fábulas hablan de la libertad y de la verdadera sabiduría. Cristo transmitió con sus Parábolas la gran verdad del Padre, para que la entiendan los humildes y analfabetos.

Las fábulas de Castellani no tienen una moraleja explícita y obvia. Son abiertas, para que cada lector reflexione y saque sus conclusiones. De ahí, su gran vigencia y valor pedagógico. Son fábulas originales, con personajes que se apartan de los arquetipos clásicos.

Dice Castellani en el Proemio de *Camperas*:

¿Es que esto es una fábula? La primera, mi amigo; que nos enseña que hoy día las musas se visten como quieren, o como pueden, y que para escribir un libro bueno hay que olvidarse de todos los otros libros, después de haberlos leído todos.¹⁴

Efectivamente, encontramos en estas ame-

nas narraciones toda la inspiración y originalidad, al mismo tiempo que el compromiso con una verdad que se quiere mostrar.

En *Camperas*, las fábulas están dispuestas siguiendo un orden que se relaciona con el contexto del espacio, por ende los seres que participan en ellas responden al tipo de cada zona. Por ejemplo, en el grupo de «Las cinco fábulas que aprendí en la laguna Pipo», los personajes son ranas, víboras, lagartos, surubí, boga, sábalo.

En una de ellas, «Estar contento», el tema que plantea es que la felicidad del hombre en esta tierra consiste en estar contento, que significa saber vivir con realismo y alegría dentro de los límites en que Dios nos puso. El personaje central es un Surubí —pez de río sometido a vivir en una laguna—, que encuentra la tranquilidad cuando acepta la realidad que le toca. Tanto la Mojarra como la Iguana y el Pato se quejan de lo que no pueden hacer porque la naturaleza no los dotó de ciertas condiciones; cada uno desea lo que el otro tiene. El Surubí representa toda la sabiduría que el cristianismo tomó del estoicismo antiguo: la resignación, en el sentido de resignificación, es decir, cambiar de signo. Lo que a primera vista aparece como una limitación es en realidad condición de realización de la propia existencia. Esto es lo que lleva a cada uno a la Felicidad. El tomismo lo llamará plenitud en el propio estado. Por eso el Surubí recomienda:

Para estar contento hay que estar *contenido*. En latín contento significa *contenido*. Hay que contenerse con gran fuerza dentro de los límites del charco en que Dios nos puso. La mitad de mis paisanos pasan una vida perra por andar buscando el mar cuando Dios los puso en la laguna. Hay que saber caber en su molde y apretarse adentro de la propia horma, y hacer el gusto a lo poco, mis hijos.¹⁵

Queremos terminar este trabajo sobre el padre Leonardo Castellani con una referencia a sus *Doce parábolas cimarronas*. El autor recrea con genialidad diez de los pintorescos

¹³ CASTELLANI, LEONARDO, *Las canciones de Militis*, p. 38.

¹⁴ CASTELLANI, LEONARDO, *Bichos y personas (camperas)*, p. 10.

¹⁵ CASTELLANI, LEONARDO, *Bichos y personas (camperas)*, p. 108.

relatos evangélicos, acercándolos cimarronamente al medio argentino. Ha añadido a ellas como marco dos extensas parábolas propias sobre tema escriturístico exegético.

La Real Academia Española ofrece diversos significados del término «cimarrón». Se dice del animal doméstico que huye al campo y se hace montaraz, o simplemente del animal salvaje. También se aplica a la planta silvestre de cuyo nombre o especie hay otra cultivada. Como vemos, el término encierra una gran riqueza sémica y sin duda el autor alude a todas ellas. Ateniéndonos a la última de las acepciones mencionadas, podemos pensar que ésta es una versión cimarrona del original del Divino Maestro. Lo de cimarrón no tiene en ningún momento un significado peyorativo sino que valora la sencillez del hombre de campo argentino.

Nos detendremos en una de ellas: «La Parábola del Sembrador», en la que Castellani hace una interpretación novedosa y muy personal del relato original. En esta versión del texto, el Sembrador sabe que no todo el grano caerá en terreno fértil; pero no por eso deja de sembrar generosamente. Aun la semilla que cae sobre la piedra, el camino o los abrojos, cumple su misión. Ante quienes se burlan desde su inoperancia del trabajo del Sembrador, éste ve con optimismo que la Palabra tiene su sentido aunque sea para cubrir de verde por tres días el pedregal, o para que coman los pájaros en el camino, o para atenuar el Influjio negativo de los abrojos. Sólo una pequeña parte (él ya lo sabe) cae en terreno preparado. Esto le puede valer, como al «Maestro de la barca», la expulsión de la Sinagoga y hasta la vida misma. Pero sigue sembrando y no se moverá hasta la siega: «Esta es la parte que me dejó mi padre y la amo. Toda la amo hasta las piedras». ¹⁶

Creemos ver en esta Parábola la propia vida de Castellani: Sembrador generoso en todos los terrenos, aun en aquellos que él mismo sabía que no le iban a dar la satisfacción del fruto inmediato: El Sembrador se debe al Maestro que lo ha llamado para la misión de expandir *al voleo* la Palabra.

Es obvia también la alusión a la expulsión

de la Sinagoga: ya hemos señalado anteriormente que el padre Castellani fue expulsado de la Orden de los Jesuitas y suspendido de su ministerio sacerdotal, precisamente porque su siembra no fue siempre bien interpretada.

Tanto las *Fábulas* como las *Parábolas* nos muestran al Castellani total: hombre de Dios, maestro, profundamente ligado al hombre sencillo de nuestra patria pero con rica vertiente clásica. Hemos descubierto un hombre genial, excepcional escritor, un apasionado de la verdad.

El padre Castellani fue y sigue siendo un hombre polémico: no se puede permanecer indiferente ante su palabra. Pero también fue un hombre sincero, honesto hasta la ingenuidad, con intuición, agudeza y rapidez de juicio. Podemos aseverar con Luis Vizcay:

La carga de decir la verdad es una carga pesada y nada amable que no todos aceptan de buen grado en nuestra patria —ni en ningún lado— y menos cuanto más grande es la verdad y cuanto más incómoda resulta a los hombres. Este sacerdote argentino cargó todo esto sobre sus hombros, y sonriendo por añadidura. ¹⁷

Hemos observado distintas opiniones acerca de su personalidad, a favor y en contra. Nos adherimos a la reflexión acertada, afectuosa y equilibrada del Cardenal Antonio Quarracino, quien le declara su respeto en una semblanza leída durante el homenaje que el 6 de julio de 1990 se le realizó en la Universidad del Salvador.

A mí no me cabe la menor duda de que siempre fue ortodoxo, cien por cien, y si me apuran un poco diría que fue tan ortodoxo que los últimos tiempos padecía de un conservadurismo disintible, de tan ortodoxo que era. ¹⁸

Sostiene además el cardenal Quarracino que porque amaba profundamente a la Iglesia le dolían las fallas de sus miembros y que porque amaba la Compañía de Jesús no toleraba

¹⁶ CASTELLANI, LEONARDO, *Doce parábolas cimarronas*, p. 42.

¹⁷ VIZCAY, LUIS, *Leonardo Castellani*, p. 16.

¹⁸ QUARRACINO, ANTONIO, «Semblanza del padre Leonardo Castellani», p. 155.



deficiencias en muchos de sus superiores. Podemos agregar que porque amaba a la patria sufría por los que la traicionaban. Porque amaba a Jesucristo no toleraba a los que herían y golpeaban la fe cristiana. Sembró con su palabra y con su vida ejercitada en la tolerancia y la paciencia. Por eso fue un sembrador generoso.

Rescatar al P Castellani del olvido es un acto de justicia y honestidad.

Su aporte al pensamiento filosófico, a las letras, a la educación, a la teología, al periodismo argentino, a la revisión de nuestra historia, al crecimiento de la fe, es tan indiscutible que debería ser reivindicado, incluyéndolo en los programas de estudios de todos los niveles de la educación argentina.

Valiosa fue su misión de revitalizar las ideas y el espíritu de Santo Tomás, diferenciándose de quienes veían en el Aquinate un paradigma cristalizado e inamovible.

Fue un intelectual apasionado por la verdad y si en ocasiones fue duro en sus juicios esto se debió al desborde de su caridad.

La figura del padre Castellani provocó en sus contemporáneos una serie de sensaciones diversas. Amado y odiado por los hombres de su época, no escatimó esfuerzos por demostrar en sus obras sus preocupaciones.

En toda su producción literaria tiene la impronta del «maestro de aula», en sentido pedagógico, el amor del educador. De ahí que sean sumamente interesantes por su valor didáctico y educativo sus fábulas, novelas y cuentos, sus tratados filosóficos, su obra exegética.

Bibliografía

- Ballesteros, Juan Carlos, *La filosofía del Padre Castellani*, Buenos Aires, Gladius, 1990.
- Bonomi, Enrique, «Biografía del Padre Leonardo Castellani», en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* n° 36, Buenos Aires, julio- setiembre de 1994, pp. 142-145.
- Buela, Carlos M., «El Sacerdote», en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* n° 36, Buenos Aires, julio- setiembre de 1994, pp. 10-20.
- Castellani, Leonardo, *Bichos y Personas (Camperas)*, Buenos Aires, Plantin, 1951.
- — *De Kirkegord a Tomás de Aquino*, Buenos Aires, Guadalupe, 1973.
- — *Doce parábolas cimarronas*, Buenos Aires, Itinerarium, 1959.
- — *Las canciones de Militis*, Buenos Aires, Dictio, 1977.
- — *El nuevo gobierno de Sancho*, Buenos Aires, Penca, 1944.
- — «Anteprólogo» a *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, Buenos Aires, Club de Lectores, 1988.
- Chávez, Fermín, «El poeta, Mal domador de sueños», en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, n° 36, Buenos Aires, julio-setiembre de 1994, pp. 67-70.
- Quarracino, Antonio, «Semblanza del Padre Castellani» en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, n° 36, Buenos Aires, julio-setiembre de 1994, pp. 148-157.
- Vizcay, Luis, *Leonardo Castellani*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962.

